



Testigos del amor de Dios desde la fraternidad sacerdotal¹

Cristóbal SEVILLA JIMÉNEZ

Desde la comunión de los santos, un recuerdo muy especial para D. Fernando Egea Albaladejo, el último sacerdote de los que celebramos estas bodas que ha partido para la casa del Padre, y todos los sacerdotes que ya partieron a lo largo de estos años. Desde el recuerdo a todos ellos e invocando la presencia del Espíritu Santo quiero comenzar esta meditación.

EL PASO DEL TIEMPO

Este es para nosotros, los sacerdotes que celebramos los 25, 50 y 60 años, un tiempo de gracia. Le llamamos bodas de diamante, de oro y de plata sacerdotales. Y lo primero que me sugiere estos metales preciosos como expresión del paso del tiempo son los textos de Eclesiástico 2: «Hijo si te acercas a servir al Señor prepárate para la prueba. Endereza tu corazón, mantente firme... Porque en el fuego se prueba el oro, y los agradan a Dios en el horno de la humillación». Y también 1 Pedro 1: «Por ello os alegráis, aunque sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo».

¹ Meditación con motivo de la celebración de los 25, 50 y 60 años de sacerdocio en la diócesis de Cartagena. 9 de Mayo de 2011, fiesta de San Juan de Ávila.

Reflexionar sobre el paso del tiempo en nuestra vida sacerdotal es encontrarnos con la prueba y el aquilatamiento del amor de Dios. El tiempo pasa, y deja en nosotros sus huellas, huellas que a veces producen heridas. Y Dios sale a nuestro encuentro y nos llama, nos habla al corazón, y nos pide que le respondamos como en los días de nuestra juventud (Os 2,16), como en los días de nuestro primer sí, de nuestra entrega como sacerdotes para siempre. Cuando escuchamos esta llamada, entonces, el tiempo no es un *cronos* que pasa como una apisonadora, o que nos cae como una losa; el tiempo es *Kairós*, tiempo de gracia y de oportunidad, tiempo de nueva llamada y nueva respuesta. Una nueva respuesta que tenemos que dar tantas veces en el desierto de nuestras vidas (Os 2,16-17), el desierto de la soledad, el desierto del fracaso, el desierto de la incompreensión... esos desiertos que dejan heridas en nuestras vidas y nos hacen sentirnos estériles y casi inútiles. Pero nos tenemos que dar cuenta que estas humillaciones son para nosotros una prueba, somos probados en el amor de Dios, en su misericordia.

Es muy importante que nos demos cuenta de que Dios nos prueba en su amor, si no, nos quedamos encerrados en nosotros mismos, y entonces, nuestro ministerio sacerdotal se paraliza. Es lo que le ocurrió a profeta Jonás que no quería viajar a Nínive y que se lamentaba por todo, hasta por una humilde planta. Siempre me ha llamado la atención este final abierto y cerrado de la narración de Jonás, abierto porque muestra la grandeza de la misericordia divina y cerrado porque la pequeñez de Jonás no se resuelve pues no acaba de encontrarse con la misericordia y el amor de Dios por todas sus criaturas. Este final se parece mucho al final de otra narración del NT: la que conocemos como parábola del hijo pródigo. El final queda abierto pues se manifiesta el amor de Dios Padre en el hijo que vuelve, y sin embargo el hijo que no se ha ido de la casa se encierra en su actitud. Cuando leemos esta parábola nuestra pregunta va hacia la actitud de este hijo, igual que nos preguntamos el por qué de la actitud cerrada de Jonás.

Jonás² y el hijo mayor tienen claro que ellos están dentro. Jonás se siente orgulloso de ser hebreo y el hijo mayor dice que él siempre ha estado sirviendo dentro de la casa, pero a ambos les falta el encuentro con la misericordia divina. Hemos de ser conscientes de que también nosotros nos podemos perder tantas veces dentro. Por eso es necesario que estemos abiertos a la Palabra de Dios en

2 Jonás es un profeta en crisis y la narración de este libro nos ayuda a comprender algunos aspectos de las crisis de los que sintiéndose enviados por Dios, pueden más su estado de ánimo que la propia misión, cf C. SEVILLA JIMÉNEZ, «La crisis de Jonás», *Carthaginensia* XIII, 1997.

todos los momentos de nuestra vida, palabra que es novedad, palabra que nos sorprende, pero principalmente, palabra que nos saca de nosotros mismos para encontrarnos con el amor de Dios, lejos a veces de nuestros planteamientos y prejuicios. Hoy nuestra tentación puede ser el construir un cristianismo sin palabra, basado en la identidad, en los símbolos, en la cultura, en el *ethos*. Un cristianismo sin evangelio y sin profecía, sin palabra, es un cristianismo que termina siendo idolátrico y busca la polémica y el enfrentamiento, huyendo de la fraternidad y de la lógica martirial que supone el seguimiento de Cristo en compañía de todos los hombres nuestros hermanos³.

Os sugiero que hagamos un pequeño ejercicio de memoria. Leamos en nuestra particular historia de salvación alguna experiencia primera y fundante de haber probado la misericordia de Dios a través de nuestro ministerio sacerdotal. Yo recuerdo durante mis primeros años de sacerdote en Jerusalén en febrero de 1987 cuando estalló la primera intifada palestina. Vivía en la Flagelación, en el corazón de la ciudad vieja de Jerusalén. Aquella situación de tensión me hizo tener dudas y miedos, ¿podré acabar los estudios?, ¿cuánto tiempo va a durar esta situación? Una noche me desperté cuando el muecín llamaba a la oración desde la mezquita de la explanada del templo y me puse a orar, y sentí una gran paz, una sensación incluso corporal de serenidad en medio de aquella noche. Sentí que el Señor me preguntaba: ¿qué es para ti lo más importante? Y mi respuesta estaba clara: ser sacerdote, y entonces le dije al Señor: ¿soy tuyo Señor, soy tuyo? Aquella mañana, cuando concelebré en la misa conventual a las 6, lo hice de una manera especial, que recordaré siempre.

Y es que nuestra vida sacerdotal es así, podemos tener la sensación en algunos momentos de ser los más inútiles de este mundo, es lo que tantas veces nos dicen algunas voces de este mundo. Pero si escuchamos la voz de Dios a través de su palabra, entonces el Señor nos ayuda desde su amor a continuar con nuestra misión, a seguir en el camino de su seguimiento. Es lo que le ocurrió al profeta Elías cuando se sintió desfallecer en el desierto y escuchó la voz de Dios que le invitó a descansar y a reconocerle en el susurro de la suave brisa de su palabra (1 Re 19). Es lo que le ocurrió también a Jeremías cuando el Señor le dijo en medio de sus sufrimientos: «*Si separas la escoria del metal, yo hablaré por tu boca*» (Jr 15,19).

Nuestra vida es un continuo separar la escoria del metal precioso. Es un vender tantas cosas para comprarnos oro acrisolado, como dice la profecía del

3 Recomiendo al respecto las reflexiones de J. M. LUSTIGER, *La Promesa* (Cristianidad, Madrid 2002) y E. BIANCHI, *La différence chrétienne* (Bayard, Montrouge Cedex 2009).

Apocalipsis a la iglesia de Laodicea: *«Porque dices: «Yo soy rico, me he enriquecido y no tengo necesidad de nada»; y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego para que te enriquezcas; y vestiduras blancas para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez; y colirio para untarte los ojos a fin de que veas. Yo, a cuantos amo, reprendo y corrijo... (Ap 3,17 s.).*

Nuestro tesoro es la palabra viva de Dios, más preciosa que el oro (Sal 19; 119). Por eso le decimos al Señor en nuestra oración: *«Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y en cambio me abriste el oído...» (Sal 40,8).* Él espabila nuestros oídos cada mañana para saber decir al abatido una palabra de aliento (Is 50,3). Somos testigos de la misericordia como servidores de la Palabra.

Cuando reflexionamos sobre el paso del tiempo no podemos olvidarnos de lo que es nuestro centro, a quien servimos y el esfuerzo y las renunciaciones que conlleva. Romano Guardini, en su libro, *Las edades de la vida*⁴, describe la edad adulta como la edad en la que hemos llegado a tomar conciencia de lo que somos y lo que podemos hacer con resolución. Hemos aprendido a tomar la vida como es, conscientes de lo que significa servir y ser pobres no sólo en medios materiales sino también en tiempo. Cuando revisamos nuestra vida, la palabra viva de Dios nos ilumina y nos dice cuanto esfuerzo, cuanto salir de nosotros mismos para no encerrarnos en el individualismo, cuanta huida de los ídolos, cuanta vigilancia para no caer en la codicia de los bienes materiales (Lc 12,15), cuantas renunciaciones para liberar nuestro corazón de los apegos. Somos conscientes que no hay atajos para acercarnos al Dios vivo y su misericordia, y somos conscientes también de nuestros límites. Según Guardini es la crisis del límite la que acompaña a esta edad adulta. Aparece la rutina y el cansancio, las ilusiones primeras se desvanecen, pero se tiene la conciencia de lo que significa luchar y trabajar. Nuestra tentación en estos momentos es convertirnos en escépticos, ir al mínimo esfuerzo, con la tentación de instalarnos en la crítica y la murmuración. O también obstinarnos en un optimismo forzado, no sentido en lo más profundo de nosotros mismos, un optimismo que nos hace acumular trabajo y más trabajo, hasta el punto de que creemos que cuantos más trabajos nos encargan más importantes somos.

Pero el límite no tiene que ser para nosotros causa de amargura y tristeza sino de dulzura. La dulzura que experimentamos en la lucha diaria cuando llegamos nuestra jornada de oración y de encuentro. Entonces es, cuando siendo conscientes de nuestra realidad, nos lanzamos con coraje y generosidad a nues-

4 Vita e Pensiero, Roma 1992.

tro trabajo diario. Un coraje que ya no tiene tanto el carácter de audacia, como cuando nuestra juventud, sino de resolución y constancia.

Esta dulzura tiene que tener su pequeña dosis de amargura, como los dulces de navidad que se hacen en Ulea y en el Valle de Ricote, a los cuales se les añade una pequeña dosis de ralladura de bergamoto. El dulzor excesivo se vuelve empalagoso y cuesta digerirlo, mientras que si este dulzor tiene una dosis de gusto amargo no excesiva, el dulzor es exquisito. San Pablo decía a los Corintios en su segunda Carta *«que una tristeza por voluntad de Dios produce un arrepentimiento saludable e irreversible; mientras que una tristeza por razones mundanas produce la muerte»* (7,10). Como sacerdotes tenemos que estar siempre dispuestos a este arrepentimiento saludable en medio de nuestros sufrimientos, de nuestros pecados, pues esta actitud nos abre a la misericordia divina, si no, la tristeza termina apoderándose de nosotros. Es la misma palabra que escuchaba el profeta Jeremías en medio de su sufrimiento (Jer 11; 15 y 17).

Es ahora cuando escuchamos la pregunta de Jesús a los doce: *«también vosotros queréis marcharos»*, y la respuesta de Pedro: *«Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios»* (Jn 6,67-68). En esa respuesta de Pedro está también nuestra respuesta.

Como dice Jean Guilton, en *aprender a vivir y a pensar*⁵: *«¿cuántos esfuerzos se pierden por la idea de una falsa grandeza, por la búsqueda de una perfección que no está a nuestro alcance? Los límites son parte de las cosas mismas, como las fisuras son parte de los cántaros o las cicatrices del cuerpo»*, y como sigue diciendo este sabio francés, esta es la idea del Eclesiastés. Sin esta sabiduría elemental, sin esta modestia de base, las grandezas son ilusorias y hacen sufrir.

Es verdad que el paso del tiempo va dejando en nosotros heridas, y tenemos que saber contar con ellas. Y las heridas más fuertes surgen ante aquello que amamos más y que más empeño ponemos. Pero al igual que le ocurrió a Jonás, el Señor, nos llama a entrar en su misericordia y a no quedarnos en la autocompasión, que no nos permite apreciar la compasión divina en toda su dimensión. Cuando somos capaces de salir de nosotros mismos a través de la oración y del encuentro con los hermanos entonces nos damos cuenta de que somos probados en el amor, para que podamos crecer en este amor y así comprendamos lo que nos dice San Pablo en Romanos:

5 Encuentro, Madrid 2006.

«Quién nos separará del amor de Cristo?...nada ni nadie podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rm 8,35-38).

Cuando vivimos con alegría interior y con paz este encuentro diario con la misericordia divina, cuando la celebramos en la eucaristía, centro de nuestra vida diaria, entonces esta alegría se convierte en un medio eficaz para nuestro trabajo. Gozamos con nuestro trabajo porque vivimos nuestro trabajo, es la dulzura en medio de la lucha. La dulzura de la fidelidad que nos hace estar afianzados en aquello que amamos porque antes nos hemos dejado amar⁶. Es lo que dice San Juan de Ávila de manera más precisa:

«Que del amor que tenemos a nosotros mismos hemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos... Que del conocimiento del amor que Cristo nos tuvo hemos de sacar el amor que debemos tener a los prójimos» (Audi filia 94 y 95).

EL ENCUENTRO DIARIO Y CONSTANTE CON LA PALABRA

Cuando tengo que hablar del encuentro con la Palabra me gusta citar la experiencia primera y fundante que tuvo con la Sagrada Escritura San Agustín. Él cuenta como al principio la Biblia se le caía de las manos. El gran maestro de retórica no entendía el realismo y la sencillez del discurso, o la manera de decir las cosas sublimes con el estilo de los humildes⁷, algo que no entraba dentro de los cánones establecidos en la cultura clásica, que postulaba un tipo de géneros elevados y elocuentes para hablar de las cosas divinas, discriminando los géneros sencillos para las cosas cotidianas. Cuando comprendió que la «Sagrada Escritura» está inspirada con el lenguaje de los pobres⁸, entonces se le abrió al obispo de Hipona la puerta para comprender las Escrituras. Se cumplían las palabras de Jesús:

6 Cf la primera parte de la Carta Encíclica de BENEDICTO XVI, *Deus Caritas est*, en donde se explica este carácter de encuentro que tiene la experiencia cristiana: «el amor puede ser mandado porque antes es dado».

7 Cf *Confesiones*, III, 5.

8 Cf E. AUERBACH, *figura* (Trotta, Madrid 1998) 133-147: «Sacrae Scripturae sermo humilis».

«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado (kripto) estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado (apokalipto) a pequeños» (Mt 11,25//Lc 10,21).

Tenemos que acercarnos cada día a la Palabra con una actitud de pobres y necesitados para leer la Palabra desde nuestra vida sacerdotal. San Gregorio Magno decía que la «Escritura crece con quien la lee», y esto es así porque el mismo Espíritu que está presente en la Escritura está también presente en nosotros. Cuando nos comprometemos en una relación con el Señor a través de la asiduidad con la Escritura, vemos crecer nuestra experiencia sacerdotal y cómo esta experiencia, envuelta en la pobreza de nuestra cotidianidad, se convierte en un elemento decisivo para la comprensión de la Palabra de Dios.

No podemos olvidar, que nuestro ministerio sacerdotal, en cuanto colaboración estrecha con el ministerio episcopal, aparece en primer lugar como un «servicio de la palabra», (una *diakonía tou lógou*), y esta es una de las primeras decisiones que tomaron los apóstoles después de Pentecostés, la de crear el servicio de los diáconos, valga la redundancia, para que los apóstoles se pudieran dedicar a esta *diakonía* de la Palabra, pues se dijeron: «No nos parece bien descuidar la Palabra de Dios para ocuparnos del servicio de las mesas». Subrayo lo de *diakonia* pues es lo que subraya San Lucas en este texto de los Hechos de los Apóstoles (Hech 6,4). Este servicio de la Palabra es como la *diakonia* de las mesas o el servicio a los más pobres: un servicio. No podemos olvidar que Jesús utilizó este verbo *diakoneo* para hablar de él mismo como el servidor de todos e invita a sus discípulos a hacer lo mismo durante la última cena:

«El más importante entre vosotros sea como el más joven y el que manda como el que sirve ¿Quién es mayor?, ¿el que está a la mesa o el que sirve? ¿no lo es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve (ho diakonon Lc 22,26-27)

Se comprende entonces que esta decisión de los apóstoles de una dedicación más intensa a este servicio de la Palabra es una decisión fundacional para la Iglesia, que afecta esencialmente a nuestro ministerio⁹. Para esta *diakonia* de la palabra se necesita un tiempo y una dedicación máxima, que otras *diakonias* también necesarias para el servicio de los hermanos nos restarían. Y tal como leemos a lo largo de todo el libro de los Hechos este servicio requirió no sólo

9 Cf E. BIANCHI, *A los presbíteros* (Sígueme, Salamanca 2005).

todo el tiempo sino hasta la vida de ellos. Pero el mismo libro de los Hechos de los Apóstoles nos recuerda como es gracias a la Palabra anunciada y vivida como se van creando aquellas primeras comunidades.

En estos momentos que estamos viviendo creo que es cada vez más necesario acudir a estos textos para discernir nuestra misión. No podemos hacerlo todo, y es posible que con el tiempo nos tengamos que ocupar de más de una comunidad parroquial o incluso de varias. Si hay que atender a nuestros hermanos más necesitados, si la gestión parroquial se vuelve más exigente y aumentan los detalles que tenemos que tener en cuenta, el sacerdote, ni se puede ocupar de todo, ni lo tiene que controlar todo. Como sacerdotes estamos llamados a animarlo todo desde la Palabra pero no a hacerlo todo. Y nuestra tentación es muchas veces huir de nuestra misión principal, porque la palabra necesita tiempo y espíritu de oración para ser acogida, y después ser predicada y transmitida.

Creo que a esta huída de nuestra misión principal contribuye también la cultura de la dispersión en la que vivimos y nos movemos: tantos rumores y noticias, tantos dimes y diretes,... Esa cultura que muchas veces tanto criticamos pero que influye en nosotros y nos afecta más de lo que quisiéramos, y terminamos sustituyendo palabras por la Palabra. Tenemos que tener la disciplina de saber huir de tanta dispersión y centrarnos en lo que de verdad nos da la vida y nos dignifica como sacerdotes.

Jesucristo, palabra viva de Dios, a quien nosotros servimos, nos recuerda cada día, que el sacerdocio ministerial no nos sitúa por encima del resto de nuestros hermanos sino al lado de ellos. Esta Palabra que es Cristo mismo, tal como leemos en Heb 4,12, es: *«viva y eficaz y más cortante que espada de dos filos; penetra hasta la separación de alma y espíritu, y discierne sentimientos y pensamientos del corazón»*. Por eso, nosotros como sacerdotes, podemos acercarnos y ayudar a nuestros hermanos a que se acerquen, como continúa diciendo la Carta a los Hebreos *«con plena confianza al trono de la gracia»* (Heb 4,16). Y esto porque Cristo es nuestro hermano compasivo que intercede por nosotros se ha sentado al lado de Dios.

Nuestro sacerdocio no es un sacerdocio de separados y fundamentado en la pureza ritual y cultural como el del Antiguo Testamento, sino un sacerdocio fundamentado en la misericordia: *«Id, pues, y aprended lo que significa, quiero la misericordia y no el sacrificio»* (tal como leemos en Mt 9,13, citando al profeta Oseas y en controversia con la interpretación de los fariseos). Somos en primer lugar testigos de la misericordia divina desde la palabra viva que es Cristo. Al respecto, decía San Juan Ávila que comprender y vivir la Palabra de Dios equivale a una vida que quiere caminar por el amor, decía, «el que verdaderamente

guarda la Palabra de Dios, está perfecto en el amor de Dios... Digo que no se puede guardar la Palabra de Dios sin amor de Dios» (Juan I, lec. 7^a, 1631s).

Tantas veces encontramos en el desarrollo de nuestra misión pastoral cómo la tentación es la de envolvernos en el concepto de sacerdocio según el Antiguo Testamento. Un sacerdocio basado más en el ritualismo que en la Palabra. Como dice el cardenal Albert Vanhoye, el concepto del sacerdocio del AT corresponde a la religiosidad espontánea, mientras que la fe cristiana es un salto desde Jesucristo que nos centra en la dignidad de la persona humana según la mirada misericordiosa de Dios¹⁰.

Sobre esto, os invito a leer con detenimiento las páginas dedicadas a la muerte de Jesús como reconciliación (expiación) y salvación en la segunda parte de Jesús de Nazaret de Benedicto XVI, comentando algunos textos de la carta a los Hebreos y el capítulo 12 y 15 de Romanos, especialmente, la expresión «culto espiritual» (*logike latreia*) de Rm 12,1. Se trata de un culto «modelado por la palabra»:

«El culto verdadero es el hombre vivo que se ha convertido en respuesta a Dios, modelado por su Palabra sanadora y transformadora. Y el verdadero sacerdocio, por tanto, es ese ministerio de la Palabra y el Sacramento que transforma a los hombres en una entrega a Dios y convierte el cosmos en una alabanza al Creador y Redentor» (pg. 277)¹¹.

Después de la *Verbum Domini*, algunas cosas que parecían olvidadas pero que estaban planteadas en la *Dei Verbum*¹², debemos tenerlas muy en cuenta. El dinamismo espiritual de la Palabra los sacerdotes lo vivimos especialmente en la Eucaristía. Es el centro de nuestro ministerio sacerdotal: presidir la eucaristía desde el amor de Cristo.

Ya desde que besamos el altar y nos unimos a Cristo, y entonces nos dirigimos a la asamblea entramos en un dinamismo de alianza. No podemos olvidar que la celebración de la Palabra en la Eucaristía es esencial en la acción litúrgica en la cual el creyente puede encontrar a Jesús que ha dado de comer a su pueblo sea anunciando la palabra o partiendo el pan (cf Mc 6,30-44). También

10 Cf las reflexiones de A. VANHOYE, durante las jornadas de espiritualidad sacerdotal del curso 2007-2008, y publicadas en nuestra revista SCRIPTA FULGENTINA N° 33-34 (2007).

11 Madrid 2011, pp. 276-277.

12 Cf *Dei Verbum* 21 y 22.

la Palabra contenida en la Escritura es capaz de hacernos entrar en la relación con Dios, está dotada de la capacidad eficaz de entablar alianza, y hasta que no sea acogida en esta dimensión propiamente suya permanecerá más como una palabra sobre Dios que como una Palabra de Dios.

Me gusta recordar el Salmo 45,11: «*Escucha, hija, mira: inclina el oído...*» porque expresa en su sentido pleno, que es el mesiánico, la llamada a la alianza de Cristo-esposo a su esposa la Iglesia. Los sacerdotes, cuando nos acercamos al altar y nos dirigimos a la asamblea, unidos a Cristo, hacemos las veces del esposo que invita a la esposa a escuchar la Palabra del esposo. Estamos manifestando el amor de Cristo por su Iglesia, que es el amor de Dios por toda criatura humana, por su dignidad como hijo de Dios. Este es el momento cumbre de la expresión de nuestro amor esponsal, de donación y entrega total de nosotros mismos, unidos a Cristo sacerdote y esposo¹³. Y este amor esponsal implica nuestro cuerpo, nuestro celibato orientado hacia la caridad pastoral. Este era precisamente el punto de partida de San Juan de Ávila para hablar del celibato. Él futuro doctor de la Iglesia arrancaba de los sentimientos o amores de Cristo, a quien el sacerdote representa, especialmente en la celebración eucarística¹⁴.

Tenemos que tener muy clara esta dimensión sacramental de la Escritura que subraya la *Verbum Domini*. En el corazón de la Iglesia, la Eucaristía, se comprende también como sacramento de la Palabra de Dios. Es decir, es única la presencia de Cristo en la Palabra de Dios como en la Eucaristía. Una presencia que nosotros cuando celebramos la debemos vivir con Cristo, y el creyente la acoge gracias a la fe y a la acción del Espíritu Santo:

«El Espíritu y la Esposa dicen: «¡Ven!». Y el que oiga, diga: «¡Ven!»... Dice el que da testimonio de todo esto: «Sí, vengo pronto». ¡Amen! «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,17.20).

Tantas veces, cuando celebro la eucaristía, y me inclino para besar la Palabra, le digo al Señor que esa Palabra suya es para mí, que la dice por mí, pues Él tiene palabras de vida eterna; le doy gracias por ello, aunque sea una palabra fuerte que advierte o me previene, aunque esa palabra manifieste mi debili-

13 Una última lectura sobre este tema que encuentro fecunda y sugerente: C. ÁLVAREZ, *Teología del cuerpo y Eucaristía* (San Dámaso, Madrid 2010), siguiendo la estela de la enseñanza de Juan Pablo II sobre la teología del cuerpo (Palabra, Madrid 2003).

14 Cf Juan Esquerda Bifet, *DICCIONARIO DE SAN JUAN DE ÁVILA* (Monte Carmelo, Burgos 1999).

dad, mi herida o mi pecado. No pocas veces esta palabra viene como silencio a través del cual Dios habla también; el silencio de la cruz, de la oscuridad, de la muerte, de la injusticia, del sufrimiento, de lo que no entendemos. Y desde nuestro sufrimiento nos encontramos con el sufrimiento de Dios, es lo que le decía Jeremías a su fiel discípulo y secretario Baruc:

«Esto dice el Señor, Dios de Israel, respecto a ti, Baruc: te lamentas de que eres un desgraciado, de que el Señor añade sufrimiento a tu dolor... Pues me ordena que te diga lo siguiente: Esto dice el Señor: Ya sabes que destruyo lo que he construido y arranco lo que he plantado... ¿Y vienes ahora a pedir para ti algo extraordinario...?» (45,2-3).

Esto nos lleva a encontrar a un hermano sacerdote para recibir el sacramento del perdón, del cual nosotros somos ministros. Quiero recordar desde aquí a D. Miguel Bobadilla, a D. José Sánchez Ramos y a D. Dámaso Eslava, que tanto tiempo dedicaron en su ministerio sacerdotal, especialmente el tiempo de su enfermedad y su vejez, a escuchar a sus hermanos sacerdotes.

Es importante que preparemos la homilía orando desde la Palabra que hemos de predicar, y predicando de tal manera que provoquemos la oración, pues la oración cristiana no es salir nosotros al encuentro de Dios, con nuestras palabras sino escuchar y acoger al Dios que quiere mostrarnos su amor. Los tres pasos que propone la *Verbum Domini* para preparar la homilía: «¿Qué dicen las lecturas proclamadas? ¿Qué me dicen a mí personalmente? ¿Qué debo decir a la comunidad, teniendo en cuenta su situación concreta?». El predicador tiene que «ser el primero en dejarse interpelar por la Palabra de Dios que anuncia»¹⁵, porque, como dice san Agustín: «Pierde tiempo predicando exteriormente la Palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior». Entre el estudio objetivo del texto que nos tiene que alejar de toda tentación fideista o incluso fundamentalista de la Escritura, y lo que tengo que decir a la comunidad que me dirijo, está como bisagra entre ambas partes mi encuentro personal con la Palabra que tengo que predicar. Encuentro cierta dosis de buena ironía en la frase de San Agustín que cita la *Verbum Domini*, ¿quién pierde el tiempo, el predicador, la asamblea, o los dos juntos?

A través de esta sintonía con la Palabra, el Señor nos concede tantas veces el regalo de la **consolación** como fruto de este encuentro con su Palabra. Se trata de una palabra del Nuevo Testamento, en griego *paraklesis* (Lc 2,21; Hech

15 *Verbum Domini*, 59.

3,20, 9,31; 2 Cor 1,3-7; 2 Tes 2,16), y quiere decir una profunda alegría interior, gusto por las cosas de Dios, de la verdad, del amor. Es el gusto de los frutos del Espíritu Santo, tan necesarios para vivir nuestro sacerdocio desde Jesús.

A la consolación sigue el **discernimiento**. Se trata de un comportamiento específico que encontramos en el Nuevo Testamento, en griego *diakrinein* (Mt 16,3; 1Cor 11,29; 12,10; Filp 1,9; Heb 5,14). El discernimiento es la capacidad interior de percibir en donde obra el Espíritu Santo, el espíritu evangélico, el Espíritu de Cristo: en las situaciones, en las decisiones que tenemos que tomar, en los acontecimientos de cada día, en los problemas. Y darnos cuenta también en donde obra el espíritu del mal, el espíritu de la mentira, del engaño, de amargura, de confusión.

Este discernimiento no termina nunca, porque en nuestro camino sacerdotal encontramos continuamente situaciones, problemas, dificultades que no se pueden resolver mecánicamente. Hay situaciones de justicia, de sacrificio evangélico, de santidad, de obediencia sincera; en cambio nos encontramos también con situaciones de falsedad, de astucia, de apariencia, de vanagloria, de cosas que parecen buenas, pero que en realidad son malas.

Y como estamos en tiempo de Pascua quiero concluir este punto sobre la Palabra recordando el texto de las mujeres en el sepulcro vacío en Lc 24. «*Ellas recordaron las palabras del Señor*». Mientras que los discípulos de Emaús, con los que nos encontramos después de este episodio, fueron «*insensatos y tardos de corazón*», necesitaron tiempo para recibir las palabras del Resucitado y sólo al final abrieron los ojos. Incluso podemos comparar este relato de las mujeres en el sepulcro con el último relato de la aparición a los apóstoles y a los discípulos antes de la Ascensión. Nos llama la atención las resistencias y lentitud de aquellos hombres. Jesús tiene que explicar con paciencia a los discípulos que realmente ha resucitado y que está vivo. A las mujeres no tiene que decirles nada más. Las mujeres recuerdan enseguida, movidas por el don del entendimiento espiritual, comprendieron que la ciencia de la cruz es la clave de todo¹⁶.

Yo le pido al Señor para todos nosotros este don de entendimiento que está relacionado con la bienaventuranza de los puros de corazón, propia de los que, sin entregarse a muchas cavilaciones, creen con la libertad y comprenden la verdad del misterio. Desde aquí escuchamos la bienaventuranza del resucitado: «*Bienaventurados los que crean sin haber visto*».

16 Cf C. M. MARTINI, *Hombres y mujeres del Espíritu: meditaciones sobre los dones del Espíritu Santo* (Sal Terrae, Santander 1998).

ENRAIZADOS EN LA FRATERNIDAD

El paso del tiempo, animado por el encuentro diario con la Palabra, nos tiene que centrar cada vez más en Cristo. Le pertenecemos a él, somos suyos para estar con nuestros hermanos, los hombres y mujeres de este mundo. Somos fraternidad y testigos de la fraternidad.

Pero, ¿qué es la fraternidad? Si nos vamos a los Hechos de los Apóstoles vemos cómo comienzan a vivir los apóstoles y sus comunidades. En primer lugar están animados, desde el Espíritu de Cristo resucitado, por una oración unánime, con un mismo sentir (*omozumadón*), y este mismo sentir anima las decisiones que tienen que tomar. Y lo que se deriva de esta oración es una comunión de vida y de misión. Esta comunión de vida se expresaba en el compartir los bienes y en la atención de los necesitados. Y la comunión de misión se expresaba en el dar testimonio del amor de Dios manifestado en Cristo resucitado: «*Por mano de los apóstoles se realizaban muchos signos y prodigios en medio del pueblo. Todos se reunían con un mismo espíritu en el pórtico de Salomón*» (Hech 5,12). La comunión de vida hacia posible la misión. Esta comunión de vida alimentaba no sólo espiritualmente sino también materialmente la misión de los Apóstoles y los primeros misioneros.

En las cartas de los Apóstoles y en Hebreos, después de la enseñanza doctrinal, al final encontramos unas palabras que exhortan a las primeras comunidades a vivir en Cristo dando una serie de consejos prácticos para la vida de aquellas primeras comunidades, y la clave de estos consejos está en la fraternidad. Sirva como ejemplo una carta tan doctrinal como la de Romanos. Al final de la carta, después de haber hablado del culto revestido de palabra que hemos mencionado anteriormente, para que no nos amoldemos a este mundo, San Pablo exhorta a vivir la fraternidad desde la imagen del cuerpo de Cristo, y da el siguiente consejo práctico: «*no os estiméis en más de lo que conviene, sino estimaos moderadamente, según la medida de la fe que Dios otorgó a cada cual*» (Rm 12,3).

San Juan de Ávila decía que la unidad dependerá de la paz del corazón: «*Y todos generalmente guardad la unidad del corazón, que Cristo oró al Padre... No haya división —que es cosa del infierno— entre los llamados a la santa cristiandad que se llama Reino de Dios; no traigan pleito los que son hijos de paz... no haya envidias entre los que son miembros de un cuerpo*» (Carta 86, 162ss).

Todos conocéis como el Concilio definió nuestra fraternidad desde la sacramentalidad:

«Los presbíteros, constituidos por la ordenación en el orden del presbiterado, se unen todos entre sí por íntima fraternidad sacramental; pero especialmente en la diócesis, a cuyo servicio se consagran bajo el propio obispo, forman un solo presbiterio. Porque, aunque se entreguen a diversos menesteres, ejercen, sin embargo, un solo ministerio sacerdotal en favor de los hombres» (PO 8).

Hay quien dice que esto de la fraternidad sacramental no lo hemos desarrollado todavía suficientemente. Tal vez algunos penséis en aquellos primeros convictorios que los de mi generación no hemos conocido. Pero hay otros modos de vivir esta fraternidad y lo importante es que tengamos claro que no podemos vivir y trabajar por libre. Nuestra vocación y nuestra ordenación nos introducen en la fraternidad que Jesús fundó con los doce. La fraternidad es el ser o el no ser del sacerdote. La vida pastoral no es más que el ejercicio de la fraternidad desde el amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, somos creadores de fraternidad. Es lo que recoge el prefacio I de las ordenaciones:

«Tus sacerdotes, Señor, al entregar su vida por ti y por la salvación de los hermanos, van configurándose a Cristo, y así dan testimonio constante de fidelidad y amor»

No es posible testimoniar esta fidelidad y este amor que nos viene de Dios sin la fraternidad. No es posible «reunir al pueblo santo en el amor de Dios, alimentarlo con su palabra y fortalecerlo con sus sacramentos», como dice también este prefacio, sin la fraternidad.

Durante el año sacerdotal Benedicto XVI ha puesto el dedo en la llaga para que seamos conscientes de lo que nos ocurre. Hay quien entiende el sacerdocio como un oficio que necesita la sociedad. Y el sacerdocio no es exactamente un oficio, sino un sacramento, una gracia que implica más que saber hacer cosas un saber estar ante Dios y ante los hombres nuestros hermanos. Nos sobra individualismo clerical y no podemos convertir nuestro sacerdocio en una búsqueda de privilegios, en una carrera. Como sacerdotes estamos llamados a entrar por la puerta estrecha que es el mismo Cristo en su actitud de pastor sufriente y entregado a sus hermanos.

Sin la fraternidad sacerdotal no podemos vivir la obediencia como docilidad al Espíritu, ésta se nos termina convirtiendo en un tejemaneje. Tenemos que darnos cuenta de que es mucho más importante lo que podamos hacer juntos guiados por nuestro obispo que lo que hagamos individualmente. Tenemos que

romper con los esquemas sociológicos de poder y de prestigio y entrar en la docilidad al espíritu como camino de libertad y de madurez humana.

Como presbiterio de esta diócesis de Cartagena podemos tener también nuestras heridas y fracturas. Y cada uno de nosotros estamos llamados a ser conscientes de aquello que tenemos que sanar desde el perdón. Donde están nuestras heridas y fracturas están nuestras llamadas. El Señor que nos quiere unidos a él para manifestar a los hombres su amor, nos llama a reconciliarnos y a sanar nuestras heridas.

Estamos llamados a vivir con más intensidad la fraternidad sacerdotal, pues reforzarla es reforzar nuestro sacerdocio y ayudar desde el testimonio a vivir el sacerdocio a los jóvenes que se incorporan a nuestro presbiterio. Nuestro testimonio es tan importante o más que las clases del seminario. Si no, corremos el riesgo de que esto de la fraternidad se quede en palabras bonitas para los retiros sacerdotales. Los de mi generación hemos vivido con normas diocesanas que nos pedían compartir bienes. Sabemos que los sacerdotes no recibimos una paga mensual según nuestro trabajo o servicio sino que recibimos lo que se considera necesario de manera austera para nuestra misión, con independencia de la parroquia a la que seamos destinados, o de la misión que se nos encargue.

Sin una fraternidad de vida que nos implica en el compartir no es posible una auténtica fraternidad de misión. Esto es lo que nos enseñan los textos de los Hechos de los Apóstoles. Estas normas y otras referentes a nuestro modo de vida tendrán que revisarse y actualizarse desde la fraternidad para que huyamos de toda tentación de hacer del sacerdocio un oficio donde cada uno se pueda apañar a su modo y manera. Que el Señor nos conceda a todos un espíritu de conversión y de respuesta a su llamada en todo momento.

Tenemos que buscar vivir la bienaventuranza de los pobres según el espíritu, que nos hace libres de nosotros mismos, de todo lo que somos y de lo que tenemos, para ponernos a disposición del misterio y del reino de los cielos, en humildad y adoración para ser testigos del amor de Dios en medio de este mundo.

Nuestro ministerio sólo se entiende tantas veces desde esa imagen que me cuenta algunas veces un sacerdote. Es como una flor que crece en medio de un pedregal, y nosotros desde nuestra pobreza no sabemos cómo. Es una flor muy pequeña que no todo el mundo la ve. Pero no podemos olvidar que esto es así gracias al agua que se ha filtrado por entre las piedras, y que es la Palabra de Dios, recordad el texto de Isafas, «como bajan la lluvia y la nieve». El que esta flor, junto con otras flores, puedan permanecer en el pedregal depende de

la fraternidad, pues ésta es como la tierra que somos nosotros, que aunque no sea buena y fértil en sí misma, si al menos logra retener el agua, entonces hace crecer la semilla.

Una de las cosas buenas que tiene la parroquia en la que sirvo ahora es que es de advocación mariana, Nuestra Señora de la Paz, por ello doy gracias y por otras cosas cuando me encuentro a solas con el Señor. Él me está concediendo este año algunos dones inesperados en medio de dificultades, y esto me llega a través de la eucaristía. Me gusta recordar el episodio de las bodas de Caná, en donde María nos dice «haced lo que él diga». María está señalando a Jesús como el esposo que tenía que venir, el que trae el vino nuevo y mejor de la Nueva Alianza. Por eso el beato Juan Pablo II incluyó este episodio en los misterios luminosos, porque María ayuda a desvelar algo muy importante de Jesús. Cuando celebramos la eucaristía, María nos dice que «hagamos lo que él diga», unidos a Cristo esposo, para que seamos testigos del amor de Dios, un amor que desde María, tal como lo expresaba San Juan de Ávila, es un amor maternal:

«Mirémonos padres, de pies a cabeza, ánima y cuerpo, y vernos hemos hechos semejantes a la sacratísima virgen María, que con sus palabras trujo a Dios a su vientre» (Carta 157, 260ss).

Quiero terminar con una oración al Señor Jesús, y os invito a todos a que os unáis:

«Señor Jesús, maestro bueno y Señor de la vida, nosotros tus discípulos en el ministerio sacerdotal, sentimos tu presencia resucitada a través de tu espíritu. Renuévanos en tu amor para que oyendo tu llamada de nuevo como Pedro y Andrés te sigamos y seamos los servidores fieles de tu nueva y definitiva alianza cada vez que celebramos la eucaristía y reconciliamos en el amor a nuestros hermanos.

Que te busquemos en la Palabra y te encontremos a ti como Palabra definitiva de Dios igual que Felipe y Natanael Bartolomé. Que no nos busquemos a nosotros mismos sino el Reino de Dios y su justicia tal como tú enseñaste. Que tengamos siempre presente en nuestra vida lo que tú dijiste a los zebedeos y a su madre, que el que quiera ser el primero sea el servidor de todos.

Haz Señor que en los momentos de duda, debilidad o pecado, nos encontremos con tu mirada como Pedro, y que te podamos decir: "Señor tú sabes que te amo".

Concédenos reposar en tu corazón como reposó el discípulo amado, ese corazón tuyo en el que se cumple de manera perfecta y para siempre la nueva alianza anunciada por Jeremías. Que sepamos ver y leer en tu corazón traspasado y en tu rostro la dignidad de todo ser humano, y así podamos ayudar a nuestros hermanos a leer en su interior su propia dignidad como hijos de Dios y hermanos tuyos.

Ayúdanos como presbiterio de esta diócesis de Cartagena a mantenernos unidos en la fraternidad vivida cada día en medio de tu Iglesia, para que así seamos en el mundo testigos de tu amor».

FESTIVIDAD DE SAN JUAN DE ÁVILA 2011 **Diócesis de Cartagena**

«El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano: me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad» (Sal 16)

BODAS DE DIAMANTE SACERDOTALES 1951-2011

Pablo Cabrera Arias
Francisco Candel Crespo
Miguel Écija Rioja
José Escribano García (+)
Francisco Garrido Saorín (+)
Miguel Guirado Béjar
Santiago Ezequiel Núñez Gil (+)
Salvador Sánchez Jiménez
Manuel Sánchez Martínez (+)

BODAS DE ORO SACERDOTALES 1961-2011

José Arnal Ibáñez (+)
Tomás Casanova Pujante

Diego Cerdá Martínez (+)
D. Alfonso Cerón Martínez (+)
Fernando Egea Albaladejo (+)
Manuel Gil Martínez
Luis González López
Antonio González Soto
Fulgencio Izquierdo Ortuño
Domingo López Marín
Mariano Martínez Tárraga
José Rodríguez Romero (+)
Francisco Tomás Mompó
Julián Vicente García

BODAS DE PLATA SACERDOTALES 1986-2011

Antonio Andreu Andreu
José Fuentes Cano
José Gil Llorca
Cristóbal Sevilla Jiménez